

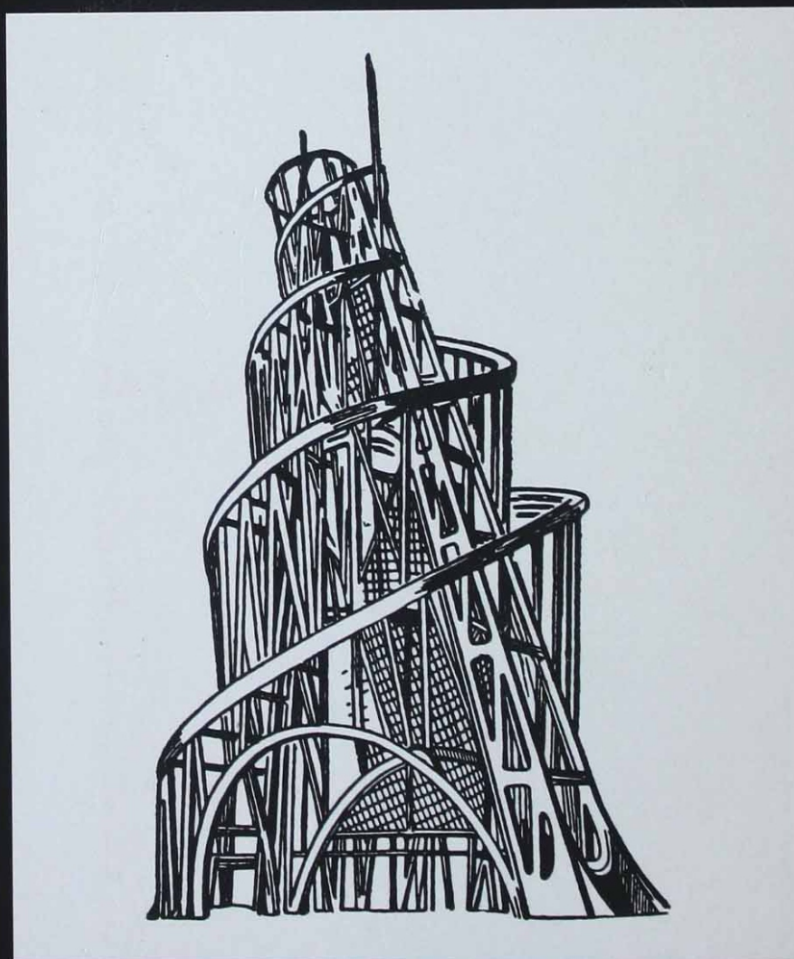
Estudios  
Universitarios de  
Arquitectura

17

*Sigfried Giedion*

# ESPACIO, TIEMPO y arquitectura

Edición  
definitiva



Origen y desarrollo de una nueva tradición

**Editorial  
Reverté**

*Parte X*

**En conclusión**

Lo único que hemos podido hacer en este libro es seleccionar algunos fragmentos que, reunidos, puedan dar una imagen de nuestro periodo. Tal vez, en la fase actual de nuestra evolución, lo único posible sea discernir aquí y allá, en puntos aislados, lo que está sucediendo bajo la superficie. Sin duda haber aspirado a un estudio exhaustivo o detallado habría resultado inútil. No es aún momento para ello.

Hemos limitado nuestras observaciones a la arquitectura y sus interrelaciones. Hemos señalado por qué la arquitectura refleja las tendencias internas de los tiempos y, por tanto, puede servir adecuadamente como un indicador general. Hemos considerado la arquitectura un organismo finito, aislándola al igual que los científicos aíslan ciertos fenómenos para determinar sus procesos interiores. No nos ha interesado establecer ninguna ley fija o permanente de la arquitectura. Ni tampoco hemos intentado trazar ciclos cerrados de ascenso y caída, ni determinar si tales ciclos se repiten en diferentes culturas.

Lo que nos ha interesado a lo largo de los periodos que hemos observado ha sido el desarrollo y el cambio en los organismos arquitectónicos y, especialmente, la evolución de esos hechos constitutivos que forman la sustancia de su verdadera historia. Sólo aislando la arquitectura como un organismo en sí mismo, y alcanzando en consecuencia el entendimiento de su naturaleza y su desarrollo, es como hemos podido buscar y fijar sus relaciones con otras actividades afines.

Antes de centrarnos en otros aspectos, hemos de plantear una cuestión fundamental: las relaciones entre la forma geométrica y la forma orgánica, entre lo racional y lo irracional. Desde Descartes, el principio de racionalidad ha tenido siempre la supremacía. Descartes abrió la puerta a la mecanización, aunque esa puerta permaneció cerrada durante otro siglo. La mecanización del mundo entero puede remontarse hasta el pensamiento de Descartes.

Ahora el mundo ha tenido conocimiento del punto muerto al que nos ha llevado el excesivo énfasis en el pensamiento puramente racional. Hemos vuelto a tomar conciencia de los límites de la lógica y la racionalidad. Nos percatamos una vez más de que los principios de la forma se basan en elementos más profundos y significativos que la lógica rígida. Sabemos que las cosas no son sencillas y que —aunque lo deseemos— no podemos apartarnos bruscamente del conjunto de nuestro pasado, porque sigue viviendo en nosotros.

Lo que hemos de hacer en el ámbito de la arquitectura es encontrar un método que vincule la racionalidad con lo orgánico, de tal manera que lo orgánico llegue a ser el factor dominante y la racionalidad quede reducida a una posición de importancia subordinada.

*Sobre los límites de lo orgánico en la arquitectura*

¿Dónde están los límites de la aproximación a lo orgánico en la arquitectura? Nada exacto puede afirmarse al respecto. Los límites de lo que comprende la arquitectura no pueden trazarse fácilmente, aunque pueden mantenerse —y se han mantenido— muchas posturas definidas.

La arquitectura es un arte austero que debe obedecer a leyes rigurosas. Esto es aplicable no sólo a los materiales de los que se compone, sino también a las formas que adopta.

La arquitectura no puede tener una libertad absoluta; se mueve dentro de ciertos límites que en cada periodo en particular tenían la fuerza de las leyes eternas. La naturaleza de la arquitectura consiste en alcanzar su realización dentro de los límites de esas leyes. Sin embargo, las relaciones entre la estructura geométrica y la forma orgánica han recorrido toda la evolución de la arquitectura desde el principio. La estructura geométrica fue la base de la primera gran arquitectura de piedra: las pirámides, símbolos de la vida eterna. Luego la arquitectura se aproximó a esas formas geométricas que Platón calificó de invariables y universales.

La humanidad siempre se ha sentido atraída, de muchas maneras distintas y empezando cada vez de nuevo, por la estabilidad eterna del cuadrado y el círculo, y de sus cuerpos relacionados: el cubo, la pirámide, el cilindro o semicilindro (*tholos*, ábside, bóveda, etcétera) y la esfera o semiesfera (cúpula).

Cuando se construye, la arquitectura debe crear una unidad a partir de una serie de partes diferentes. Uno de los muchos modos de conseguir esas relaciones espaciales que transforman una agrupación de partes en una unidad es mediante el uso de un sistema de proporciones o de un módulo sencillo, esto es, empleando ciertas medidas que se repiten en las tres dimensiones.

El fundamento de la arquitectura está ligado a sus relaciones con las proporciones y con las formas geométricas. Pero la arquitectura no es sólo estructura geométrica; no depende únicamente de unas leyes eternas; existe para servir al hombre, que es tan perecedero como una planta. Por eso la arquitectura tiene también algunos rasgos de los hombres y de las plantas.

La noción de lo orgánico está tan hondamente arraigada en el inconsciente irracional que es sumamente difícil definirla con absoluta precisión. Frank Lloyd Wright nunca expresó claramente con palabras su noción de lo orgánico. Su maestro, Louis Sullivan —cuya vida fue paralela a la de Antonio Gaudí—, se acercó a ella. Hacia 1900, en *Charlas con un arquitecto* —probablemente el libro más original escrito por un arquitecto—, Sullivan afirmaba que lo orgánico es «agarrar la realidad con las dos manos».

Antonio Gaudí (1852-1926) fue quien dio origen al desarrollo orgánico de la arquitectura contemporánea. Gaudí combinó el se-

guro instinto de un sólido constructor con una atrevida imaginación escultórica; asimiló gran cantidad de legados arquitectónicos de su región: el gótico, el barroco de Churriguera, el azulejo hispanoárabe; y al mismo tiempo, anhelaba expresar en su obra un nuevo modelado escultórico de la arquitectura. Pero la primera década del siglo XX aún no era el momento oportuno.

El talento precognitivo de Gaudí surgía con la máxima fuerza cuando el arquitecto tenía la máxima libertad de expresión, como en el parque Güell de Barcelona (1900-1914). Unos planos irracionales y sinuosos relucen con los indestructibles colores de fragmentos de mayólica. En sus mosaicos de trozos de cerámica vidriada, Gaudí utilizó el principio del *collage* más de una década antes que Picasso y Braque.

Le Corbusier fue el primero en abrir los ojos de otros al talento de Gaudí, un talento que había reconocido en 1928 cuando estuvo en Madrid con motivo del concurso para la sede de la Sociedad de Naciones. Cuatro años más tarde, cuando el Consejo de los CIAM se reunió en Barcelona —un momento en el que la mayoría de nosotros estábamos atascados en la interpretación puramente racional de la arquitectura—, Le Corbusier, de una manera admirable, nos hizo prestar atención a la intensidad artística de Gaudí. Pero pese al impetuoso genio de Gaudí, por entonces la arquitectura del siglo XX no podía seguir ese camino.

Tuvo que completarse el vuelco hacia una nueva concepción del espacio —plasmada de modo visible primero por los pintores—, y pasar una década después de que Gaudí hubiese completado su obra final, para que una nueva generación se sintiese capaz de replantearse la cuestión.

### *Política y arquitectura*

También hemos de considerar las relaciones entre el desarrollo social y la arquitectura. A menudo estas relaciones se han simplificado demasiado. El espacio histórico tiene muchas dimensiones; es polifacético; no presenta al observador un único punto de referencia desde el que interpretar sus fenómenos. Al igual que en la física moderna, no puede establecerse una causalidad exacta ni una determinación exacta. Causas idénticas no conducen inevitablemente a efectos idénticos.

Cuando atacaban el sistema de Newton, los físicos modernos llamaban ‘semicausalidad’ a esa incertidumbre entre la causa y el efecto. Esa semicausalidad es tan cierta para los ámbitos históricos como para los subatómicos. Ninguna regla definida, ninguna causalidad simple, determina la dependencia recíproca entre los acontecimientos políticos y las actividades humanas que exploran el pensamiento y la sensibilidad. Lo irracional interfiere.

No es posible ningún punto de vista preestablecido. Obras ricas en hechos constitutivos y obras de la más perniciosa influen-

cia han aparecido dentro del mismo sistema económico. Hemos visto que durante el siglo XVIII y comienzos del XIX los especuladores fueron los responsables de unos conjuntos residenciales que alcanzaron el nivel máximo de valores humanos y urbanos. Sin embargo, a finales del siglo XIX los especuladores destruyeron la estructura misma de nuestras ciudades, sepultándolas en barrios de viviendas inmundas que degradaban la dignidad humana.

En el mismo sistema político, en el mismo momento y en el mismo país, es posible crear tanto obras llenas de energía para vigorizar el futuro, como obras cargadas de confusión y decadencia. Por ejemplo, en los años 1880 y 1890, los especuladores levantaron grandiosos edificios de oficinas y grandes almacenes en Chicago; pero la calidad de los edificios de oficinas levantados en Nueva York en la misma época, y en las mismas condiciones económicas, hizo de esa ciudad «un lugar apestado de la arquitectura norteamericana».

Sabemos que en algunos periodos ha existido la unidad en la cultura, cuando la imaginación y el mundo exterior fluían una en otro. En esos periodos, el espíritu no estaba condenado a caminar solo, y la realidad no significaba sólo la lucha por la existencia. Ésos fueron los momentos felices de la humanidad, pero han sido escasos y de una trágica brevedad. Se produjeron en Atenas, en el mandato de Pericles, y en Roma, durante el brillante reinado de Augusto. Pero, por ejemplo, se cuestiona entre los historiadores si Augusto se formó gracias a los grandes espíritus que lo rodeaban (que ahora representan la gloria de la literatura romana) o si el poder creativo de esos espíritus fue estimulado por la influencia personal del emperador.

Sobre la idea  
preconcebida de  
la cultura

Es en estos breves periodos de unidad de cultura intelectual, emocional y política cuando la vida ha sido capaz de manifestar todo el esplendor que es posible para el hombre. Ahora no podemos aspirar a tanto. Hemos de proceder con más humildad. Antes de exigir de un mundo desorganizado esa unidad de cultura emocional, intelectual y política, primero debemos entender lo lejanas que son hoy en día las interrelaciones de lo emocional y lo intelectual, y lo cerca que hemos llegado a esa premisa vital de toda cultura: la afinidad entre sus métodos de pensar y de sentir.

Las ciencias y las artes son actividades que, al explorar lo desconocido en la mente humana, directamente ensanchan la conciencia del hombre. Todos los científicos, todos los artistas, son parte de una larga tradición. Sin embargo, sólo un espíritu creativo puede seguir adelante, más allá de los límites de esa tradición, para explorar lo que hasta entonces nadie ha conocido, nadie ha visto, nadie ha sentido. Por medio de la intuición, la imaginación, el impulso místico —lo que se quiera—, ese espíritu creativo es capaz de abrir nuevas esferas del inconsciente. Estas

esferas se distinguen del mundo exterior en que su desarrollo esencial se produce directamente, personalmente, sin interferencias de ningún poder externo; se desarrollan tan sólo en libertad, pues ninguna orden puede abrir el camino hacia lo inexplorado.

El espíritu creativo también está ligado a la tierra y al entorno social; no crece en recipientes herméticos; se ve afectado por impulsos primarios como el hambre, el amor y la autoestima; se ve afectado por las condiciones buenas y malas. Las condiciones adversas pueden acabar con el esfuerzo creativo antes de que alcance su realización; las condiciones favorables pueden estimular su crecimiento repentino.

Sin embargo, actualmente no es tan importante establecer las condiciones del desarrollo creativo como tener conocimiento de su estructura real, es decir, darnos cuenta de *qué clase de desarrollo* se está produciendo dentro de las profundidades de nuestro periodo. No podemos entender la constitución de este desarrollo sin saber *qué métodos de estudio* subyacen en los avances producidos en los distintos ámbitos del pensamiento y la sensibilidad.

En esto nuestra visión es muy limitada. Las barreras entre disciplinas y el hecho de que las personas estén educadas para llegar a quedar sumergidas en sus campos especiales y confinadas a ellos, han provocado una falta de interés en los principios metodológicos, hasta el punto de que a veces ni siquiera pueden formularse. Por ello, prácticamente no ha habido ningún estudio comparativo de métodos de diversos ámbitos, cualesquiera que sean, de la biología a la música. Los métodos de aproximación que subyacen en la investigación creativa forman una *écriture automatique* de nuestra época; abren camino a una visión objetiva de su espíritu, dejando claro lo cerca que están las distintas disciplinas de esa premisa de la cultura: la identidad de métodos.

El desarrollo social y político de un periodo es fundamental para su estructura y hay una extensa bibliografía que trata sobre la influencia del orden social en la arquitectura y el medio ambiente. Sin embargo, lo que queremos enfatizar es otro factor cuya influencia en la vida humana, aunque menos obvia y fácil de establecer en un momento dado, alcanza de manera más profunda el estado actual de la cultura: la influencia de la sensibilidad.

La influencia de la sensibilidad en las decisiones prácticas con frecuencia no se considera importante, pero inevitablemente se evidencia y subyace en todas las decisiones humanas. El caos de nuestras ciudades, desde la Rusia soviética hasta los Estados Unidos, no puede explicarse como resultado tan sólo de las condiciones sociales y económicas. En la reconstrucción de Moscú y en la eliminación de barrios degradados de Nueva York se aprecia la misma falta de escala, el mismo cisma entre una sensibilidad re-

La influencia de  
la sensibilidad

trógrada y una tecnología avanzada. Las acciones se desencadenan por impulsos sociales y económicos, pero cada acto humano se ve afectado, se ve formado inconscientemente, por un trasfondo emocional específico. Sin excepción, cada ser humano tiene una relación tanto mental como emocional con su ocupación, ya sea obrero, artesano, comerciante o científico.

Lo mismo ocurre con la política y el gobierno. Todo sistema político está controlado por individuos cuyas acciones reflejan su formación mental y emocional. En el momento en que estos factores entran en conflicto, el núcleo interno de la personalidad queda partido por la diferencia de nivel entre nuestros métodos de pensar y de sentir. El resultado es el símbolo de nuestro periodo: el hombre inadaptado.

Es posible que dentro de poco esta situación se reconozca en todas partes, y que el cisma pueda desaparecer. Hasta entonces seguirá siendo mucho más fácil promover la teoría científica más difícil que el más sencillo de los medios de expresión artísticos. La educación está dirigida actualmente hacia la especialización intelectual: la educación de las emociones se descuida. El pensamiento se cultiva; la sensibilidad se deja sin cultivar.

Las personas con formación intelectual son ahora capaces de seguir la investigación científica más difícil, pero esas mismas personas se sienten perdidas cuando se enfrentan con nuevos medios de expresión artísticos que les obligan a una ampliación de su respuesta emocional. La razón es que la mayoría de ellos no tienen nada equivalente a su formación mental para manejarse en el mundo de la sensibilidad. El conocimiento y la sensibilidad se han aislado uno de otra. Y así llegamos a la curiosa paradoja de que *hoy en día la sensibilidad se ha vuelto más difícil que el pensamiento.*

En periodos de equilibrio entre el pensamiento y la sensibilidad nadie necesita hablar de la formación de la sensibilidad. Aunque sigue su propio camino, la sensibilidad forma una unidad inseparable con el acto de pensar. La emoción es como la libertad. Cuando existe la libertad, es algo que se da por descontado, que se refleja en todas las acciones; nadie piensa que sea necesario mencionarlo. Pero en el momento en que se suprime la libertad, la vida queda despojada de su impulso, de su vigor, y los hombres se dan cuenta de su pérdida.

La ciencia y el arte —en la medida en que exploran lo desconocido o anticipan el futuro— reflejan la posición real, el auténtico ser, de nuestra era; son las verdaderas fuerzas morales: hablarán por nosotros a las generaciones posteriores cuando los horrores del mundo exterior de nuestro periodo se hayan desvanecido.

Incluso podemos avanzar un paso más. ¿Cómo se puede explicar el desorden en todas las esferas relacionadas con las relaciones humanas? ¿Cómo explicar ese desconcierto que afecta a



las leyes más elementales de la vida humana? Además de las muchas razones siempre aducidas para explicar el caos actual, hay una fundamental que con frecuencia se olvida: *el conocimiento fáctico no ha sido reasimilado y humanizado por un nivel equivalente de sensibilidad.*

La realidad –tal como se refleja en la organización del mundo externo– tiene el poder de destruir a todos y cada uno de nosotros. Esta realidad –que cada día aplasta a más gente y amenaza nuestra cultura justo cuando ésta ha empezado a ser consciente de sí misma– no puede identificarse con el verdadero ser de nuestra época.

¿Qué es esta realidad amenazante? Es contraria a los métodos de investigación empleados por las fuerzas creativas de nuestro tiempo. Su energía y su poder material se gastan en vanos intentos de afrontar los múltiples y complejos problemas de nuestra época por medio de una implacable simplificación.

En el siglo XIX, los medios de producción se mecanizaron y la producción ilimitada se convirtió en un fin en sí mismo, llevando el desorden a las relaciones humanas. En el siglo XX, los medios de destrucción se mecanizaron y el poder ilimitado se convirtió en un fin en sí mismo.

Las fachadas arquitectónicas del siglo XIX se levantaban en diversas formas y estilos, pero esos estilos no se usaban como declaraciones de convicción. Los estilos funcionaban meramente como cortinas que disimulaban lo que había tras ellas. De igual modo, la humanidad tiene hoy en día muchos sistemas políticos diversos. La mayoría de ellos no revelan –algunos incluso contradicen– ese impulso continuo hacia lo orgánico que recorre las profundidades del periodo. Estos sistemas políticos sirven simplemente para ocultar el hecho de que el poder político se ha convertido en un fin en sí mismo.

El desorden social se nos legó como una herencia de la Revolución Industrial. Para restaurar el orden en este mundo desequilibrado debemos alterar sus condiciones sociales. Pero la historia nos muestra que esto no es suficiente. Sería un error fundamental creer que el cambio sociopolítico haría desaparecer al hombre inadaptado de hoy en día, fruto de una ruptura de un siglo de duración entre el pensamiento y la sensibilidad. Las personas no integradas se multiplican en la actualidad por todas partes y en todas las clases, entre patronos y empleados, entre los de alto rango social y la gente corriente. Sus actos reflejan su división interna.

Al final del siglo XIX, uno de los pensadores políticos más importantes de su tiempo reconoció uno de los problemas centrales cuando exigió que la división del trabajo, cuestión primordial en una sociedad industrial, fuese reemplazada por lo que denominaba ‘la integración del trabajo’. ‘Integrar’ significa, según el diccionario, «hacer un todo a partir de diferentes partes». Aunque

sin duda esa integración del trabajo es deseable, no resultaría suficiente, pues constituiría solamente el tratamiento de un único síntoma. En la base de todo está el hombre como individuo. Es él quien debe ser integrado, integrado en su naturaleza interior, sin ser violentado, de modo que sus válvulas de escape emocionales e intelectuales nunca vuelvan a quedar separadas por una insuperable diferencia de nivel. Tomar conciencia de este hecho y tratar de superarlo es algo que está estrechamente relacionado con la tarea primordial de nuestro periodo: humanizar —es decir, reasimilar emocionalmente— lo que ha sido creado por el espíritu. Cualquier discurso sobre organizar y planificar será en vano a menos que primero volvamos a crear al hombre completo, indiviso en sus métodos de pensar y sentir.

Todavía estamos pasando por el periodo de prueba de nuestra civilización. La existencia de cada uno de nosotros está amenazada. Pero al mismo tiempo, se está poniendo de manifiesto en distintas esferas de actividad una afinidad en los métodos de investigación que, aunque desarrollada independientemente en cada esfera, subyace en todo lo que es significativo en nuestro pensamiento y nuestra sensibilidad. Parece como si, inconscientemente y fuera del alcance de sus propias fuerzas, nuestro periodo se estuviese dirigiendo, mediante un proceso aún no terminado, hacia la cura de su fatal enfermedad.

Algún acontecimiento imprevisible podría cambiar la situación, y todos estos esfuerzos aislados y a la deriva podrían fusionarse de repente en una seguridad interior. Sería entonces cuando nuestro periodo controlaría la realidad.

En una carta que durante mucho tiempo se creyó apócrifa, pero que ahora se considera auténtica, Platón anunciaba que no tenía en su poder ninguna formulación de sus doctrinas y que nunca escribiría ninguna. No obstante —decía—, esa doctrina nunca se perdería. En el alma humana, como resultado de «estar impregnada de esas cosas y mantenerse en permanente contacto con ellas», siempre surgiría de repente esa doctrina, «al igual que un fuego se prende con una chispa que salta y arde con una brillante llama». Entendemos que esto mismo ocurre con la formación de nuestra conciencia cultural: puede despertarse súbitamente, pero esto nunca sucederá a menos que empecemos a quedar impregnados de esas cosas, nunca sucederá sin una fuerte voluntad de alcanzar un cambio interior, y sin una preparación de amplias miras.